

guía Benigno Spiagudry llevaba sobre sí. Meditaba también en la singularidad de los acontecimientos, que estuvieron á pique de perderle por el cofrecillo fatal, y que salvaban por ese mismo cofrecillo.

El presidente, que recobró su sangre fría, leyó en alta voz y dando muestras de indignación, de la que participaba todo el auditorio, una larga nota en la que Musdæmon explicaba detalladamente el abominable plan que le hemos visto seguir en el curso de esta historia. Muchas veces el secretario íntimo quiso levantarse para defenderse; pero el rumor público cada vez le hacia sentarse confundido. Por fin terminó la odiosa lectura en medio de un inmenso murmullo de horror.

—Alabarderos, prended á ese hombre! dijo el presidente indicando al secretario íntimo.

El miserable, sin fuerzas y sin poder hablar, descendió de su asiento y fué puesto en el banco de los acusados, entre los silbidos y la gritería del populacho.

—Señores jueces, dijo el obispo, temblad y regocijaos. La verdad, que acaba de penetrar en vuestras conciencias, vá á confirmarse de un modo indudable por lo que os vá á decir el sacerdote de las prisiones de esta real ciudad, nuestro digno hermano Atanasio Munder, aquí presente.

En efecto, Atanasio Munder era el que acompañaba al obispo. Se inclinó ante su prelado y ante el tribunal, y despues, al ver que el presidente le indicó que hablara, se expresó en estos términos:

—Lo que voy á declarar al tribunal es la pura verdad, y Dios me castigue si pronuncio una sola palabra que no sea con la idea de que resplandezca la justicia. La conciencia me decia, despues de lo que ví esta mañana en el calabozo del hijo del virey, que ese noble jóven no era culpable, á pesar de haber sido condenado á muerte por estar confeso y convicto. Hace algunas horas me llamaron para que prestase los socorros espirituales al desgraciado montañés, que fué asesinado con ferocidad ante vosotros, y que condenásteis á la última pena creyendo que era Han de Islandia. Hé aquí lo que me confesó ese moribundo: "Yo no soy Han de Islandia, me dijo, y harto castigado estoy por haber usurpado ese nombre. El que me pagó para representar ese papel es el secretario íntimo de la gran cancillería; se llama Musdæmon, y ha maquinado toda la rebelion,

presentándose á todos nosotros bajo el nombre de Hacket. Creo que es el único culpable de la rebelion." Dicho esto me pidió la bendicion y me encargó que viniese apresuradamente á enterar al tribunal de sus últimas palabras. Dios es testigo de la verdad de lo que digo, y ojalá pueda yo salvar la vida del inocente y no hacer derramar la sangre del culpable.

Calló y saludó otra vez al obispo y á los jueces.

—No iba descaminado uno de los reos, repuso el obispo dirigiéndose al presidente, al encontrar gran semejanza entre Hacket y vuestro secretario íntimo.

—Turiaf Musdæmon, preguntó el presidente al nuevo acusado, ¿qué teneis que alegar en vuestra defensa?

Fijó Musdæmon en el conde una mirada que le aterró, porque en aquel momento recuperó el malvado toda su impudencia. Despues de un momento de silencio respondió:

—Nada, señor.

—¿Os confesais, pues, culpable del crimen que se os imputa? ¿Os declarais autor de una conspiracion tramada contra el Estado y contra un individuo llamado Schumacker?

—Sí, señor, respondió Musdæmon.

El obispo se levantó y dijo:

—Señor presidente, para que no quede duda alguna en este asunto, pido que vuestra gracia pregunte al acusado si ha tenido cómplices en su crimen.

—Cómplices! repitió Musdæmon.

Pareció reflexionar un momento... despues contestó:

—No, señor obispo... no, no he tenido cómplices, añadió con mayor energía. Tramé todo ese complot por afecto á mi señor y con la idea de perder á su enemigo Schumacker, pero el señor canceller lo ignoraba.

—Vuestra gracia, repuso el obispo, debe conocer que ya que Musdæmon confiesa que no tuvo cómplices, Ordener Guldenlew no puede ser culpable.

—¿Si no lo es, reverendo obispo, por qué se declaró criminal?

—Señor presidente, ¿por qué el desgraciado montañés se obstinó en decir que era Han de Islandia, sabiendo que iba á ser condenado á muerte? Dios solo sabe lo que existe en el fondo del corazon, dijo sentenciosamente el obispo.

—Señores jueces, ahora que se ha descubierto el verdadero culpable, ya puedo declarar lo que antes callé obstinadamente. Me acusé de un crimen que yo,

no he cometido por salvar al antiguo canceller Schumacker, cuya muerte hubiera dejado á su hija sin proteccion.

El presidente se mordió los labios.

—Pedimos al tribunal, exclamó el obispo, que proclame la inculpabilidad de nuestro defendido Ordener Guldenlew.

Respondió el presidente haciendo señal de adhesion, y luego, atendiendo á la demanda del síndico mayor, examinaron el cofrecillo, que solo encerraba el diploma y los títulos de Schumacker y algunas cartas del prisionero de Munchholm al capitán Dispolson, cartas amargas, pero no culpables, y solo temibles para el canceller Ahlefeld.

El tribunal se retiró; despues de corta deliberacion volvió á aparecer, y el presidente, con voz apagada, pronunció la sentencia que condenaba á muerte á Turiaf Musdæmon y rehabilitaba á Ordener Guldenlew, reintegrándole de todos sus honores, títulos y privilegios.

XLIX.

—¿Por cuánto me vendes tu cuerpo, buena alhaja?
—A fé mia que no vale un ochavo.
(San Miguel á Satán.—Misterio.)

El mermado regimiento de los arcabuceros de Munchholm acababa de entrar en su antiguo cuartel, edificio aislado en medio de un gran patio cuadrado en el recinto de la fortaleza. Al caer la noche barreáronse, segun costumbre, las puertas del edificio donde se habian retirado los soldados, quedando solo fuera de ellas los centinelas esparcidos por las torres y el peloton de guardia de la prision militar pegada al cuartel. Esa prision, la más segura y la más vigilada de todas, encerraba á los reos que debian ser ahorcados al dia siguiente por la mañana; á Han de Islandia y á Musdæmon.

Han de Islandia estaba solo en su calabozo, tendido en el suelo, cargado de cadenas y apoyando la cabeza sobre una piedra; llegaba á él la claridad por una ventanilla enrejada cuadrangular, abierta en la gruesa puerta de encina que separa su calabozo de la sala inmediata, desde la que oia á sus carceleros que rien y que blasfeman, al choque de las botellas que apuran y de los dados que hacen rodar sobre un tambor. Agítase el mónstruo silencioso en la sombra; sus brazos se retuercen y se separan, sus rodillas se contraen y se alargan y sus dientes muerden las cadenas.

De repente llama gritando y un carcelero se asoma en la ventana enrejada.

—¿Qué quieres? le pregunta al bandido.

Han de Islandia se levanta y le contesta:

—Compañero, tengo frio; esta cama de piedra es dura y húmeda; tráeme unos puñados de paja para que yo pueda dormir y un poco de lumbre para calentarme.

—Nada más justo, respondió el carcelero, que aliviar en lo posible al que vá á ser ahorcado, aunque éste sea el demonio de Islandia; voy á traerte lo que me pides. Tienes dinero?

—No, respondió el bandido.

—Cómo! ¿El ladron más famoso de Noruega no tiene en el bolsillo alguno que otro miserable ducado de oro?

—No, volvió á responder el mónstruo.

—Ni siquiera algunos escudos?...

—Te digo que no.

—Ni aun ascalinos?

—No, no y no; no tengo ni para comprar la piel de una rata ni el alma de un hombre.

El carcelero meneó la cabeza y le dijo:

—Eso es indiferente; haces mal en quejarte, porque tu celda no es tan fria como la que tendrás para dormir mañana, pero entonces no te aperibirás de la dureza de la cama.

Dicho esto se retiró el carcelero, llevándose tras sí una maldicion del mónstruo, que continuó agitando sus cadenas, cuyos eslabones despedian sonidos intermitentes, como si se quebraran lentamente por las reiteradas y violentas sacudidas.

Abrióse la puerta de encina: un hombre de elevada estatura, vestido de sarga roja, que llevaba una linterna sorda, entró en el calabozo acompañado del carcelero que habia rechazado la peticion del preso. Éste quedó inmóvil.

—Han de Islandia, dijo el hombre vestido de rojo, soy Nychol Orugix, verdugo del Drontheimnus; debo tener mañana al amanecer el honor de ahorcar á su excelencia en un patíbulo nuevo, en la plaza mayor de Drontheim.

—Estás seguro de que me ahorcarás? le preguntó el bandido.

El verdugo se echó á reir.

—Así estuvieras tú tan seguro de subir al cielo por la escala de Jacob, como subirás mañana á la horca por la escalera de Nychol Orugix.

—De veras? dijo el mónstruo mirándole maliciosamente.

—Te repito que soy el verdugo de la provincia.

—Si yo no fuera yo, quisiera ser tú.

—No diré yo lo mismo, contestó el verdugo; y luego añadió frotándose las manos con aire de satisfacción:—Amigo, tienes razón, vale mucho el destino que ejerzo. Mi mano sabe bien lo que pesa la cabeza de un hombre.

—Has bebido sangre alguna vez?

—No, pero he dado tormento muchas veces.

—¿Has comido alguna vez las entrañas de alguna criatura viva?

—No, pero hice rechinar huesos humanos entre las planchas de un caballete de hierro; retorcí miembros entre los radios de una rueda; he descantillado sierras de acero en cráneos quitándoles el pelo; he atenazado carnes palpitantes con pinzas enrojecidas en las áscuas; he quemado la sangre en las venas entreabiertas, derramando en ellas arroyos de plomo derretido y aceite hirviendo...

—Sí, contestó el bandido pensativo, tú también tienes tus placeres.

—En una palabra, continuó el verdugo, aunque eres Han de Islandia, creo que se han escapado más almas de entre mis manos que de entre las tuyas, sin contar la que te arrancaré mañana.

—Suponiendo que yo tenga, ¿crees tú, verdugo del Drontheimnus, que podrías sacar el alma de Ingolfo el Exterminador del cuerpo de Han de Islandia sin que se lleve la tuya?

La respuesta del verdugo empezó por una carcajada.

—Pues bien, mañana lo veremos.

—Lo veremos, dijo el bandido.

—Basta, contestó el verdugo; no he venido aquí para ocuparme de tu alma, sino de tu cuerpo. Escucha: después que mueras tengo derecho á tu cadáver, pero la ley te faculta para que me lo vendas; dime lo que quieres por él.

—Qué quiero yo por mi cadáver?

—Sí, pero ten conciencia.

Han de Islandia se dirigió al carcelero.

—Dime tú, ¿por cuánto me venderás un montón de paja y un brasero encendido?

Después de pensar un rato, respondió el carcelero:

—Por dos ducados de oro.

—Pues bien, dijo el bandido al verdugo, me darás dos ducados de oro por mi cadáver.

—Dos ducados de oro! exclamó admirado Orugix. Eso es un escándalo! ¿dos ducados de oro por un miserable

cadáver! No, no puedo dar ese precio.

—Entonces, contestó tranquilamente el monstruo, no le tendrás.

—Pues irás á pudrirte en un muladar, en vez de adornar el Museo Real de Copenhague ó el gabinete de Historia natural de Berghen.

—Qué me importa!

—Muchos años después de tu muerte iría la multitud á ver tu esqueleto, diciendo: *Estos son los restos del famoso bandido Han de Islandia*; se limpiarían y pulimentarían tus huesos; los sujetarían con clavijas de cobre; te colocarían debajo de una bomba de cristal, á la que le sacudirían el polvo todos los días. En vez de estos honores, piensa lo que será de tí si no quieres venderme el cadáver; te pudrirás en un muladar, en donde servirás de pasto á los gusanos y á los buitres.

—Pues me pareceré á los vivos, que son roídos por los pequeños y devorados por los grandes.

—¿Dos ducados de oro es pretensión exorbitante! Si no rebajas el precio no podremos entendernos, Han de Islandia.

—Esta es la primera y probablemente será la última venta que haga de mi vida y quiero que me sea ventajosa.

—Ten presente que puedes arrepentirte de tu terquedad. Mañana estarás en mi poder.

—Lo crees así?

No comprendió el verdugo la intención con que el monstruo dijo estas palabras.

—Sí; y hay un modo particular de apretar el nudo corredizo... de modo que si eres un hombre razonable, te ahorcaré bien.

—Poco me importa que hagas mañana lo que quieras de mi cuello, respondió el monstruo con acento burlesco.

—Vamos, contentate con dos escudos reales... para qué los quieres?

—Dirigete á tu compañero, dijo el bandido indicándole al carcelero; me pide dos ducados de oro por un poco de paja y un poco de fuego.

—Pues eso es iniquidad! ¡hacer pagar á peso de oro esa miseria! Dos ducados!...

El carcelero replicó con aspereza:

—Demasiado hago en no pedir cuatro.

—Tú sí que eres, Nychol, más árabe que el número 2, no queriendo dar á ese pobre preso dos ducados de oro por su cadáver, que te valdrá lo menos veinte si se lo vendes á algun médico ó á algun sábio.

—Jamás pagué un cadáver á más de

L.

Esperabas morir de otra manera?
(ALEJANDRO SOUTHERN.)

quince ascalinos, contestó el verdugo.

—Lo creo, cuando es el cadáver de un triste ladrón ó de un miserable judío; pero yo sé que te pagarán lo que quieras por el cuerpo de Han de Islandia.

Este meneó la cabeza.

—Y quién te mete á tí en eso? dijo Orugix bruscamente; ¿critico yo las rapiñas de trajes y alhajas que haces á los prisioneros, me ocupo de si les pones agua sucia en el caldo, ni de los tormentos que les haces sufrir para sacarles el dinero?

—No, yo no daré dos ducados de oro.

—Pues no hay paja ni fuego si no me los das, respondió obstinado el carcelero.

—Ni hay cadáver tampoco, repitió friamente el bandido.

Después de un momento de silencio, dió una patada en el suelo, despechado, el verdugo, y exclamó:

—No puedo perder un momento; me esperan en otra parte.

Sacó, esto diciendo, un saco de cuero, que abrió lentamente y de mala gana:

—Toma, maldito demonio de Islandia, aquí tienes los dos ducados. Satanás no daría por tu alma lo que yo doy por tu cuerpo.

El bandido recibió las dos monedas de oro: en seguida el carcelero alargó la mano para recibir las.

—Aguarda un poco, aguarda; tráeme antes lo que he pedido.

Salió el carcelero y volvió un momento después trayendo un gran montón de paja y un gran brasero encendido, que colocó al lado del reo.

—Así me gusta, contestó el monstruo, entregándole los dos ducados; me calentaré esta noche.—Una pregunta, añadió con voz siniestra, dirigiéndose al carcelero: ¿está contiguo este calabozo al cuartel de los arcabuceros de Munkholm?

—Sí. Está al lado.

—De qué parte sopla el viento?

—Me parece que del Este.

—Bien, contestó el bandido.

—Por qué lo preguntas?

—Por nada, respondió.

—Adios, compadre; hasta mañana al amanecer.

—Sí, hasta mañana.

El chirrido de la maciza puerta, que giraba sobre sus goznes, impidió que el verdugo y su compañero oyesen la carcajada salvaje y burlesca que acompañó á las últimas palabras del bandido.

Penetremos en el otro calabozo de la Prisión militar contiguo al cuartel de los arcabuceros, que ahora encierra á nuestro antiguo conocido Turiaf Musdæmon.

Quizás admirará al lector que Musdæmon, tan astuto, tan cobarde y tan malvado, confesase de buena fé el secreto de su crimen al tribunal que le condenó á muerte y que ocultase con tanta generosidad la gran parte que le cabía en él á su señor el canciller Ahlefeld. Pero no juzguemos con ligereza: Musdæmon no se había convertido; su generosa buena fé era quizás la mayor prueba de habilidad que dió en su vida. Cuando vió su infernal intriga tan inesperadamente descubierta y tan patentemente demostrada, quedó un momento aturdido y aterrado; pero pasada aquella primera impresión, la perspicacia de su talento le hizo conocer que, no pudiendo ya perder á sus víctimas, solo debía pensar en salvarse.

Dos medios se le ocurrieron: echar la culpa de todo al conde de Ahlefeld, que tan cobardemente le abandonaba, ó tomar sobre sí toda la culpabilidad del crimen, de que era partícipe el conde. Un hombre vulgar habría escogido el primer medio: Musdæmon escogió el segundo. El canciller era ciller y poderoso, y además, no le comprometían los documentos directamente, mientras que éstos demostraban el crimen del secretario íntimo; había fijado el conde algunas miradas de inteligencia en Musdæmon, y esto le bastó á éste para determinarle á dejarse condenar, seguro de que el canciller facilitaría su evasión, no tanto por agradecer sus servicios pasados, cuanto por necesitarle para sus servicios futuros.

Paseábase, pues, en el calabozo, que alumbraba apenas una lámpara sepulcral, persuadido de que le abrirían la puerta aquella noche misma. Examinaba la forma del viejo calabozo de piedra construido por antiguos reyes, de los que la historia apenas sabe los nombres, admirándose de que tuviese piso de madera, sobre el que resonaban sus pisadas, como si dicho piso cubriese alguna cavidad subterránea.

Vió una argolla de hierro metida en la clave de la bóveda ojiva y de la que pendía un pedazo de cuerda negruzca.

Las horas pasaban y el preso oía con impaciencia los toques lentos y sucesivos del reloj de la torre, que interrumpían con lúgubre sonido el silencio de la noche.

Llegó por fin á sus oídos lejano rumor de pasos que se aproximaban al calabozo; su corazón palpitó lleno de esperanza. Rechinó la enorme cerraja, agitáronse los candados, las cadenas cayeron, y al abrirse la puerta, Musdæmon sonrió de alegría.

Entró el personaje, vestido de escarlata, que acabamos de ver en el calabozo de Han de Islandia. Traía debajo del brazo un rollo de cordeles de cáñamo y entraba acompañado de cuatro alabarderos, vestidos de negro y armados con espadas y partesanas.

Llevaba aun Musdæmon el traje y la peluca de magistrado, lo que inspiró al hombre rojo involuntario respeto, hijo sin duda de la costumbre.

—Señor, preguntó turbado al prisionero, ¿es á vuestra cortesía á quien debo dirigirme?

—Sí, sí, respondió Musdæmon precipitado, al ver que aquellas políticas palabras confirmaban su esperanza de evasión, y sin fijarse en el color sangriento del traje del que le dirigió la palabra.

—¿Os llamais, le preguntó fijando la vista en un pergamino que llevaba desplegado, os llamais Turiaf Musdæmon?

—Precisamente. ¿Venís, amigos míos, de parte del gran canciller?

—Sí, señor.

—No os olvidéis de manifestar á su gracia mi gratitud, despues que desempeñéis vuestra comision.

El hombre rojo clavó en él la mirada atónita.

—Vuestra gratitud?...

—Sí, amigos míos, ya que en seguida será imposible probablemente que se la manifieste yo.

—Probablemente, contestó el hombre rojo con expresion diabólica.

—Ya conoçais que debo estar agradecido á semejante servicio.

—Por la cruz del Buen Ladron, exclamó el otro entregándose á su risa bestial, que no parece sino que el canciller os vá á hacer algun favor.

—Sin duda; verdad es que no hace más que rigurosa justicia.

—Rigurosa, bien, pero al fin convenís en que se os hace justicia, y esta es la primera confesion de este género que oigo desde hace veintiseis años que ejerzo el cargo. Vamos, señor, que ha-

blando se pasa el tiempo y... ¿estais preparado ya?...

—Ya lo estoy, contestó alegre Musdæmon, dando un paso hácia la puerta.

—Esperad, esperad un momento, gritó el hombre rojo, agachándose para dejar en el suelo el rollo de cordeles.

Musdæmon se detuvo.

—Para qué es tanta cuerda? preguntó.

—Vuestra cortesía tiene razon al preguntarlo; he traído más de la que necesito; pero cuando principié ese proceso creia que iba á tener más reos.

Así hablando, Orugix desarrollaba el manojo de cuerdas.

—Vamos, despachemos, dijo Musdæmon.

—Mucha prisa tiene vuestra cortesía... No tiene que hacer alguna peticion?

—Solo la que os dije: la de que deis las gracias en mi nombre al gran canciller. Pero por Dios, despachemos; estoy impaciente por salir de aquí. ¿Tenemos que andar mucho camino?

—Mucho camino? repitió el hombre rojo, enderezándose y midiendo algunas brazas de cuerda desarrollada. El camino que nos resta pasar no cansará mucho á vuestra cortesía, porque todo lo vamos á despachar sin salir de aquí.

Musdæmon se estremeció.

—Qué quereis decir?

—Y qué quereis decir vos? preguntó el otro.

—Dios mio! exclamó Musdæmon pali-deciendo como si entreviese un resplandor fúnebre; quién sois?

—Soy el verdugo.

Tembló el secretario íntimo como una hoja movida por el viento.

—¿No venís para facilitarme la evasión? preguntó con voz desfallecida.

El verdugo lanzó una carcajada.

—Sí; para facilitar vuestra evasión al país de las almas, donde ya no se os podrá volver á coger.

Prosternóse Musdæmon, tocando el suelo con la frente.

—Perdon, tened compasion de mí!... perdon!

—Esta es la primera vez que me dirigen semejante súplica. ¿Creéis que yo soy el rey?

Musdæmon se arrastraba de rodillas, ensuciando en el polvo la toga, dando en el suelo con la frente, momentos antes tan erguida, y abrazando los piés del verdugo, lanzando sordos gritos y ahogados sollozos.

—Ea, basta ya, repuso el verdugo. No

habia visto jamás el traje negro humillado ante el traje rojo.

Le rechazó, dándole empujones con el pié.

—No me ruegues á mí; ruega á Dios y á los santos, que te escucharán mejor que yo.

Musdæmon permaneció arrodillado, cubriéndose el rostro con las manos y llorando sin consuelo. Entretanto Orugix, empujándose sobre la punta de los piés, pasó la cuerda sobre la argolla de la bóveda y preparó un nudo corredizo en la extremidad que tocaba en tierra.

—Ya acabé, dijo al reo cuando terminó sus siniestros preparativos; ¿has concluido tú tambien?

—No, exclamó Musdæmon levantándose; no, esto no puede ser. Hay aquí por fuerza alguna horrible equivocacion. El canciller Ahlefeld no es tan infame y... me necesita. Es imposible que os envíe por mí. Dejadme huir, ó temed á la cólera del canciller.

—¿No nos has declarado, replicó el verdugo, que eras Turiaf Musdæmon?

El preso quedó un momento silencioso.

—No, dijo despues de repente, no me llamo Musdæmon, me llamo Turiaf Orugix.

—Orugix! Orugix! exclamó el verdugo.

Este arrancó precipitadamente la peluca que ocultaba el rostro del reo y lanzó un grito de estupor:

—Mi hermano!

—Tu hermano! respondió el reo con asombro mezclado de vergüenza y de alegría; eres tú?...

—Nychol Orugix, verdugo del Drontheimnus, para servirte, hermano Turiaf.

Precipitose el prisionero al cuello del ejecutor llamándole *su hermano, su hermano querido*, pero el reconocimiento fraternal no hubiera alegrado al que lo presenciara. Turiaf prodigaba á Nychol caricias forzadas con sonrisa afectada y temerosa, á las que Nychol respondia con miradas sombrías y llenas de confusion: así lame el tigre al elefante en el momento en que el pié pesado del mónstruo estruja su vientre.

—Qué felicidad, Nychol! ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo lo siento por tí, contestó el verdugo.

El reo hizo como que no lo oía y prosiguió con voz temblorosa:

—Te casaste y tendrás mujer é hijos... tengo deseos de conocer á mi amable

hermana y de abrazar á mis queridos sobrinos.

—Arrumacos del demonio! murmuró el hombre rojo.

—Quiero ser su segundo padre; porque has de saber que soy poderoso, que tengo influjo...

Su hermano le respondió con acento siniestro:

—Sé que gozaste de gran influencia... pero ahora eso se acabó... y como no la tengas con los santos...

Al oír esto desapareció la última esperanza del reo.

—Dios mio! qué dices, Nychol? Creo que estaré libre, ya que te encuentro. Piensa que somos hijos de la misma madre y que nos alimentó el mismo seno, que jugamos á los mismos juegos en nuestra infancia; acuérdate, Nychol, de que eres mi hermano.

—Hasta ahora tú tampoco te has acordado, respondió el feroz Nychol.

—No, no me debe matar la mano de mi mismo hermano.

—Tuya es la culpa, Turiaf. Tú has cortado mi carrera, tú impediste que yo fuera ejecutor real de Copenhague, tú me has confinado á este miserable país como verdugo de provincia. Si tú no hubieras sido para mí un mal hermano, no te quejarias ahora de mí. No estaria yo ahora en el Drontheimnus y seria otro el que te apretaria el gáznate. Ya hemos hablado bastante: ya te toca morir.

La muerte es horrible para el malvado, por el mismo sentimiento que la embelece para el hombre de bien; uno y otro van á abandonar lo que tienen de humano, pero el bueno se libra del cuerpo como de una prision y el malo sale de él como de una fortaleza. En los últimos momentos se revela el infierno al alma perversa que no creia en él, y al llamar con inquietud á la sombría puerta de la muerte, no es el vacío el que la responde.

Arrastrábase Turiaf por el suelo, retorciéndose los brazos, alzando clamor más desgarrador que los lamentos de un condenado.

—¡Misericordia de Dios; santos ángeles del cielo, si existís, tened compasion de mí! ¡Nychol, mi querido Nychol, en nombre de nuestra madre, déjame vivir...!

El verdugo le enseñó el pergamino.

—No puedo; la orden es terminante.

—Esa orden no me concierne, balbuceó desesperado el reo; está dictada contra Musdæmon, y yo soy Turiaf Orugix.

—No me vengas con chanzas, dijo Nychol encogiéndose de hombros; bien sabes que esa orden reza contigo. Además, añadió con dureza, ayer no hubieras querido ser para mí Turiaf Orugix; pues hoy tampoco serás para mí más que Turiaf Musdæmon.

—Espera, hermano mio, hasta mañana. Es imposible que el gran canciller haya dictado la sentencia de mi muerte. Debe haber aquí alguna equivocación. El conde de Alefeld me aprecia extraordinariamente. Te pido, querido Nychol, que me concedas la vida. Pronto volveré á recobrar mi influjo y entonces te pagaré con usura cuantos servicios...

—Solo puedes ya prestarme uno, le interrumpió Nychol. He perdido dos ejecuciones, con las que contaba, la del excanciller Schumacker y la del hijo del virey. Siempre he de ser desgraciado. Solo me quedan ya las de Han de Islandia y la tuya. Tu ejecución, por ser secreta, me valdrá doce ducados de oro. Déjame, pues, que te despache. Es todo lo que te pido.

—Oh Dios! exclamó dolorosamente el reo.

—Este será el primero y el último servicio que me prestes, pero en cambio te prometo no hacerte sufrir. Te ahorcaré como á hermano. Resígnate.

Musdæmon se levantó con la nariz hinchada de rabia, con los labios temblorosos, crugiendo los dientes y echando por la boca espumarajos de desesperación.

—Satanás! rugió; ¡haber salvado al infame Ahlefeld! ¡haber abrazado á mi hermano, y van á matarme! ¡Y he de morir de noche, en un calabozo oscuro, sin que el mundo pueda oír mis maldiciones, sin que mi voz truene contra ellos de un extremo del reino hasta el otro extremo, sin que mi mano desgarré el velo que oculta todos sus crímenes! ¡Y para morir de este modo envilecí toda mi vida!...—Miserable! prosiguió dirigiéndose á su hermano, ¿quieres, pues, ser fratricida?

—Soy verdugo, contestó el flemático Nychol.

—No!... gritó el reo. Se arrojó á luchar á brazo partido con su hermano y sus ojos lanzaban llamas y derramaban lágrimas como las de un toro acosado.—No, no moriré así. No he vivido como temible serpiente para morir como un vil gusano. Dejaré la vida en mi postrer mordedura, pero ésta será mortal.

Esto diciendo, apretaba como á ene-

migo al que acababa de abrazar como á hermano. El zalamero y adulador Musdæmon se manifestaba en este momento como era habitualmente. La desesperación había removido el fondo de su alma como una escoria, y despues de rastrear como un tigre, mordía como un tigre también. Difícil era decidir cuál de los hermanos era más horrible en el momento en que luchaban, el uno con la estúpida ferocidad de una fiera y el otro con el furor astuto de un demonio.

Los cuatro alabarderos, hasta entonces impassibles, no permanecieron inmóviles; prestaron auxilio al verdugo, y muy pronto Musdæmon, que no tenía más fuerza que la que su rabia le prestaba, tuvo que rendirse desfallecido. Tendióse boca arriba junto á una pared, lanzando bramidos inarticulados y rascando la piedra con las uñas.

—Morir, demonios del infierno! ¡Morir sin que mis gritos atraviesen estas bóvedas! ¡sin que mis brazos derriben estas paredes!...

Sujetáronle los alabarderos sin encontrar resistencia, porque sus inútiles esfuerzos le habían rendido. Quitáronle la toga y entonces se cayó de sus bolsillos un paquete cerrado.

—Qué es eso? preguntó el verdugo.

Una esperanza infernal brilló en los ojos desencajados de Turiaf.

—Cómo me había olvidado de eso? exclamó con infernal alegría. Escucha, hermano Nychol, ese paquete pertenece al gran canciller. Promete remitírselo y haz luego de mí lo que quieras.

—Pues ya que te tranquilizas ahora, te prometo cumplir tu último deseo, aunque acabas de portarte como un mal hermano. A fé de Orugix que llegarán esos papeles al canciller.

—Te pido que se los entregues tú mismo y en propias manos, repitió el reo sonriendo al verdugo, para quien nada significaban las sonrisas.—La satisfacción con que los recibirá su gracia puede que te valga algún favor.

—De veras, hermano? dijo Orugix; gracias. Puede que me dé el diploma de ejecutor real... Pues bien; separémonos como buenos amigos. Te perdono los arañazos que me hiciste; perdóname tú el collar de cuerda que vas á recibir de mis manos.

—Otro collar me prometió el canciller, respondió Musdæmon.

Lleváronle maniatado los alabarderos al centro del calabozo, y el verdugo le ciñó al cuello el terrible nudo corredizo.

—Turiaf, estás á punto?

—Un instante, un instante por Dios! dijo el reo recobrando su terror; por favor, hermano, no tires de la cuerda hasta que yo te avise.

—No tendré necesidad de tirar de la cuerda, le contestó el verdugo.

Un minuto despues repitió la pregunta:

—Estás á punto?

—Un momento más... Dios mio! ¡Es preciso morir!...

—Turiaf, no tengo tiempo para esperar más. Esto diciendo, invitaba el verdugo á los alabarderos á que se alejasen del reo.

—Escucha una palabra, Nichol; no te olvides de remitir el paquete al conde de Ahlefeld.

—Estáte tranquilo, replicó su hermano. Y luego repitió por tercera vez:

—Vamos; estás á punto?

Abria ya la boca el desgraciado, tal vez para implorar un minuto más de vida, cuando, impaciente el verdugo, se agachó y dió la vuelta á un botón de cobre que sobresalía del suelo. El piso se abrió de repente bajo los piés del reo y éste desapareció por una trampa cuadrada, sonando al mismo tiempo la cuerda que se tendía de pronto con sonoras vibraciones, causadas en parte por las últimas convulsiones del moribundo. Luego solo se vió en el calabozo la cuerda que se agitaba en la sombra abierta, de la que salía viento fresco y rumor parecido al del agua corriente.

Los alabarderos retrocedieron horrorizados. El verdugo se acercó á la abertura, asió con la mano la cuerda, que seguía vibrando y se suspendió sobre el abismo, apoyando los dos piés sobre los hombros del ahorcado. La cuerda fatal se tendió con ronco són, quedando inmóvil. Un suspiro ahogado acababa de salir por la trampa.

—Bravo! exclamó el verdugo entrando en el calabozo.—Adios, hermano.

Luego sacó un cuchillo de la cintura y dijo:

—Ahora servirás de pasto á los peces del golfo: tu cuerpo es ya presa del agua, como tu alma lo será del fuego.

Diciendo esto, el verdugo cortó la cuerda tirante: el pedazo de ella que quedó suspendido de la argolla, botando, sacudió la bóveda, mientras se oía, por el peso del cadáver, saltar el agua tenebrosa y profunda y continuar luego hácia el golfo su curso subterráneo.

El verdugo cerró la trampa lo mismo

que la abrió. Al momento de incorporarse vió que el calabozo se llenaba de humo.

—Qué es eso? preguntó á los alabarderos. De dónde viene ese humo?

Ellos lo ignoraban también. Sorprendidos, abrieron la puerta del calabozo y vieron que los corredores de la prision estaban igualmente inundados de humo espeso y nauseabundo. Una salida secreta los condujo alarmados al patio cuadrado, en el que les esperaba horrible espectáculo.

Un inmenso incendio, atizado por la violencia del viento del Este, devoraba la prision militar y el cuartel de los arcabuceros. Las llamas, arrebatadas en torbellino, rastreaban alrededor de las paredes de piedra, coronaban los techos abrasados y salían como por otras tantas bocas por las ventanas consumidas; y las negras torres de Munckholm, tan pronto se enrojecían con claridad siniestra, como desaparecían entre densas nubes de humo.

Un carcelero que, huyendo, atravesaba el patio, les enteró de que el fuego había salido, mientras dormían los centinelas de Han de Islandia, del calabozo del monstruo, al que tuvieron la imprudencia de facilitarle paja y un brasero encendido.

—Soy muy desgraciado! exclamó Orugix al oír lo referido; ahora se me ha escapado también Han de Islandia. Habrá muerto abrasado. ¡Ya no tendré ni su cadáver, que me costó dos ducados de oro!

Los desgraciados arcabuceros de Munckholm despertaron sobresaltados á la vista de aquel inminente peligro de muerte y se apiñaban en tropel para salir por la puerta principal, atascada con funestas barricadas; oíanse desde fuera sus lamentos de agonía y de desesperación; se les veía retorcerse los brazos en las ventanas incendiadas, ó precipitarse sobre las losas del patio, evitando así una muerte con otra. Las llamas vencedoras abrasaban ya todo el edificio antes de que tuviese tiempo de acudir el resto de la guarnición. Ahora ya eran inútiles todos los auxilios. Por fortuna el edificio estaba aislado; limitáronse, pues, los soldados á derribar á hachazos la puerta principal; pero esto sucedió ya tarde, porque al momento en que aquella se abría, derrumbóse todo el maderamen incendiado del techo del cuartel, cayendo con horrible estruendo sobre los infelices soldados, arrastrando en su

caída los tejados y los pisos incendiados. Desapareció entonces el edificio entero entre un torbellino de polvo inflamado y de humo ardiente, en medio del que se oían fúnebres lamentos.

Al día siguiente por la mañana solo se elevaban ya en el patio cuadrado cuatro altas paredes negras y calientes aun, en torno de un horrible monton de escombros humeantes, que continuaban devorándose unos á otros, como fieras en un circo. Luego que aquellas ruinas se enfriaron, se hicieron en ellas profundas excavaciones. Debajo de una capa de piedras, de vigas y de cerrojos retorcidos por el fuego, yacía un monton de huesos blanqueados y de cadáveres; aquellos muertos y hasta unos treinta soldados, la mayor parte inválidos, era todo lo que quedaba del brillante regimiento de Munckholm.

Cuando, removiendo las ruinas de la prision, llegaron al fatal calabozo desde el que se propagó el incendio, y que ocupaba Han de Islandia, se encontraron en él los restos de un cuerpo humano, tendidos junto á un brasero de hierro, sobre pedazos de cadenas rotas; observándose con gran admiracion que entre aquellas cenizas habia dos cráneos, pero un solo cadáver.

LI.

SALADINO.
Bravo, Ibrahim! Preciso es confesar que eres mensajero de buenas noticias; gracias te doy por la que me traes.

EL MAMELUCO.
Y nada más?

SALADINO.
Qué esperas?

EL MAMELUCO.
¿No hay nada más que eso para el mensajero de buenas nuevas?

(LESSING.)

Pálido y desencajado, el conde de Ahlefeld se pasea con agitacion en su cámara, estrujando entre las manos un paquete de cartas que acaba de leer, y golpea con el pié el lustroso mármol del pavimento y las alfombras con rapacejos de oro.

En el lado opuesto del gabinete está, en pié y en actitud de respetuosa sumision, Nychol Orugix, vestido de rojo y con el sombrero en la mano.

—¡Buen servicio me has hecho, Musdæmon! murmuró el canciller entre sus dientes, que apretaba la cólera.

El verdugo levantó tímidamente su estúpida mirada y preguntó:

—Está contento su gracia?

—Qué quieres tú? dijo el canciller volviéndose bruscamente.

El verdugo, ufano de haber atraído las miradas del canciller, sonrió con esperanza.

—Qué es lo que quiero, señor?... El empleo de ejecutor real de Copenhague, si vuestra gracia se digna pagar con este alto favor las buenas nuevas que le he traído.

Llamó el canciller á los dos alabarderos que estaban de guardia á la puerta de su habitacion y les dijo:

—Que prendan á ese villano que tiene la insolencia de provocarme.

Los dos guardias se llevaron á la fuerza á Nychol, que estaba estupefacto y consternado, pero que, esto no obstante, aventuró esta palabra:

—Señor...

—Ya no eres verdugo del Drontheimnus: anulo tu diploma, añadió el canciller cerrando la puerta de golpe.

Tomó las cartas el canciller, las leyó y las releyó con rabia, embriagándose, por decirlo así, con su deshonor; porque esas cartas eran las de la antigua correspondencia de la condesa con Musdæmon. Estaban escritas por la mano de Elfega, y en ellas vé el conde, por confesion de su esposa, que Ulrica no es hija suya, y que Federico, tan querido y llorado, quizás tampoco lo es. El desgraciado conde recibe su castigo del mismo orgullo que causó todos sus crímenes. No estaba suficientemente castigado con que se le escapase su venganza de entre las manos; era necesario, para su completa punicion, que viera desvanecerse todos sus sueños ambiciosos, que se le presentase ante sus ojos el envilecimiento de su vida pasada y viera perdido su porvenir. Quiso perder á sus enemigos, y solo logró perder su crédito, su consejero y hasta sus derechos de marido y de padre.

El conde desea ver por última vez á la esposa que le hizo traicion, y con esta idea cruza con paso rápido los salones que le separan de ella, sacudiendo las cartas con las manos, como si de ese modo pudiera sacudirse de su deshonor. Abre al fin furioso la puerta de las habitaciones de Elfega y entra...

Su culpable esposa acaba de saber de súbito, por el coronel Wethaum, la horrible muerte que sufrió su hijo Federico. La pobre madre se habia vuelto loca.

CONCLUSION.

¿Lo que hombre dice de burlas de veras vas á tomar?
(ROMANERO.)

Quince días hacia ya que los acontecimientos que acabamos de relatar ocupaban todas las conversaciones de Drontheim y del Drontheimnus, juzgados bajo los diversos aspectos que habian aparecido. El populacho de la ciudad, que esperaba en vano el espectáculo de siete ejecuciones sucesivas, perdía ya la esperanza de que se realizasen; y las viejas, casi ciegas, referían aun que ellas vieron la noche del deplorable incendio del cuartel á Han de Islandia volar entre las llamas, riéndose del incendio y derribar con sus piés los techos encendidos del edificio sobre los arcabuceros de Munckholm; cuando Ordener, despues de una ausencia que pareció á Ethel demasiado larga, éste reapareció en la torre del Leon de Slesvig, acompañado del general Levin de Kund y del sacerdote Atanasio Munder.

Paseábase Schumacker entonces por el jardin apoyado en el brazo de su hija. Cuando se volvieron á ver los dos jóvenes esposos, se hicieron gran violencia para no abrazarse cariñosamente; tuvieron que contentarse con dirigirse una expresiva mirada. Schumacker estrechó con afecto la mano de Ordener y saludó con afabilidad á los que con él venían.

—Bendiga el cielo vuestra vuelta, dijo á Ordener el prisionero.

—En este momento acabo de llegar, contestó el hijo del virey. Abracé á mi padre en Berghen y vengo á ver á mi segundo padre en Drontheim.

—Qué quereis decir? le preguntó asombrado el anciano.

—Que vengo á pedir la mano de vuestra hija.

—A mi hija! exclamó el prisionero volviéndose hácia Ethel, que estaba temblorosa y ruborizada.

—Sí, conde de Schumacker, amo á vuestra hija, la consagré mi vida y me pertenece.

Una nube sombría oscureció la frente del ex-canciller.

—Sois un joven noble y digno, hijo mio, y aunque vuestro padre me hizo mucho daño, por vos todo se lo perdono, y vería con gusto que se celebrara la boda que deseais, pero se opondrá á ello un obstáculo...

—Qué obstáculo? preguntó Ordener casi inquieto.

—Vos amais á mi hija; pero, ¿estais seguro de que ella os corresponde?

Los dos amantes se miraron, mudos de sorpresa.

—Mucho lo siento, porque os amo y hubiera querido llamaros hijo mio; pero Ethel se opondrá y me confesó que le inspirábais aversion. Desde que os ausentásteis, cuando le hablo de vos, ella calla, y esto me indica que no os profesa el afecto que á mí me inspirais. Renunciad, pues, á ese amor, ya que en este mundo el tiempo cura de haber amado, como cura de haber aborrecido.

—Señor!... exclamó Ordener estupefacto.

—Padre mio! exclamó tambien Ethel, cruzando las manos.

—Tranquilízate, hija mia; este enlace me gustaria, pero á tí no te place y esto me basta; no violentaré tu corazón, Ethel. Desde hace quince días estoy muy variado. Tu voluntad es la mia. Tú eres libre.

Atanasio Munder sonreía.

—No lo es, respondió.

—Os equivocais, padre mio, dijo Ethel enardecida. No odio á Ordener.

—Cómo! exclamó su padre.

—Yo soy... Iba la joven á concluir su idea, pero se detuvo.

Ordener se arrodilló á los piés del anciano.

—Es mi esposa. Perdonadme, ya que mi padre me perdonó tambien, y bendicid á vuestros hijos.

Schumacker, en el colmo de la sorpresa, bendijo á los dos jóvenes que se inclinaban delante de él.

—Tanto he maldecido en mi vida, que ahora acojo sin exámen todas las ocasiones que se me presentan de bendecir. Pero esplicadme esto qué significa.

Esplícáronle todo lo sucedido; el pobre anciano lloraba de ternura, de reconocimiento y de alegría.

—Me creía sábio: ¡soy viejo y no he sabido comprender el alma de una joven! En fin, más vale así. Ordener Guldenlew, añadió el venerable Schumacker, valeis más que yo; que yo, en la época de mi prosperidad, no hubiera descendido de mi altura para unirme á la hija pobre de un infeliz prisionero de Estado.

El general Levin de Kund, estrechando la mano del preso, le entregó un rollo de pergaminos y le dijo.

—Señor conde, ya no podeis decirlo, que aquí os traemos los títulos que el rey os habia ya enviado por conducto del capitán Dispolsen. A dichos títulos